

AMBIVALENCIA

El teléfono vibra en el bolsillo justo cuando Isabel tensa la última vuelta del vendaje. Mientras Adela le da los últimos detalles de los recuerdos de viajes de otros tiempos, la ayuda a vestirse de nuevo.

Isabel la despide con una mano mientras la otra roza el dispositivo a través de la tela.

Se dirige directa al lavamanos. El reloj de pared marca solo las 10h. Tras secarse con papel se aparta y comprueba nerviosa los mensajes.

La fiebre ha subido, pero no te preocupes. Ya le he dado apiretal.

Iré al pediatra a las 12h.

Te cuento luego.

Te quiero.

Al cerrar la aplicación, la pantalla le devuelve la imagen de una manita de dedos diminutos apoyada sobre la de ella.

Un cosquilleo recorre sus pechos, que se endurecen en la subida de un alimento que deberá esperar hasta la tarde.

Una voz interrumpe sus pensamientos y emociones para recordarle que Carmen la espera.

Con una sonrisa tan amplia como el tiempo que ambas comparten, se dirigen hacia la camilla donde recorrerá otra vez con sus manos la cicatriz que, de lado a lado, le recorre el abdomen.

Se parece a la que ella misma tiene tras el nacimiento de su pequeña, pero la de Carmen no es una huella de vida, sino de enfermedad.

Manos que tratan y devuelven esperanza, mientras pelean con la conciencia que querría cuidar también en casa de quien más la necesita, su tesoro máspreciado.

Por fortuna, otras manos amorosas velarán por su pequeña con el mismo mimo.

En unas horas, más tarde, Isabel será de nuevo madre, pero ahora y mañana, al igual que ayer, es y ejercerá la profesión que ha cultivado, que la hace también tan importante para tantos.

Vida que continúa para el cuidado de la propia vida.

Rebeca García Galeano

Aquella maestra.

TU espíritu incansable invadió otros que aún se están forjando.

Las paredes de las aulas serán testigos de la historia de tu arte.

Patios, escaleras.ventanas saluden cada día a aquella maestra que se fue...

Dibujando metas doradas en un otoño que ,para nosotros, nunca fue gris.

Esa maestra nos leía Caperucita, consu maravillosa voz, alegre, cantarina , nos hacia reir, aprender, cantar....

Mientras, ella , en su propio cuento, vivia con el mismísimo Lobo Feroz.

Nadie se dio cuenta.

Anduriña.

“AYERES”

- “¡Buenos días!”... “¡Vamos al tajo!”... “¡A los buenos días!”...

Entraba por el *hall* saludando a unos y otros, radiante (aunque afuera hiciera un sol de invierno, aunque estuviera el cielo encapotado), era consciente de la importancia que tenía su trabajo, la necesidad de hacerlo bien.

A pesar de su situación, que hubiese entrado de interina a través de una bolsa de empleo. A pesar de tener que trabajar algunos fines de semanas y festivos, a pesar del sueldo... Y aún, a pesar de la falta de material y medios, ella estaba radiante por estar trabajando allí. La palabra no es feliz, pero será alguna similar o de parecido significado para expresar la sensación que sentía al saber que estaba haciendo las cosas bien. Se sabía importante, no imprescindible, pero sí importante para ellas y ellos.

No le gustaba utilizar ningún tipo de eufemismo para referirles, no les llamaba residentes, ni pacientes, ni usuarios... ella prefería llamarles de forma cariñosa *abuelas/os*. Porque en verdad es así, cuando camina por la planta, de una habitación a otra y les cruza, puede ver en sus miradas cansadas una pizca de luz, de alegría; ella se enternece. Pues estar allí es echar una mirada al pasado, recordar el ayer, sus *ayeres*... atisba ver en sus miradas cansadas la cara de su madre Ana, la mirada de su abuela Catalina, o intuye el gesto de su tía Felisa y descubre en sus miradas y gestos años de trabajos, sacrificios, renunciadas, dolor...

Así de esta forma, mientras empuja el carro por el pasillo, se le dibuja una sonrisa y se le entrecorta la voz cuando desde la habitación de Paquita se oye:

- “ ¡Buenos días Ana! ¡Feliz día de la Mujer! ¡Feliz 8 de marzo!”
- “¡Gracias Paquita!, ¡Feliz 8M, salud!”

Severino Visel Donaire

Derribando barreras en cada guardia

Entré al hospital con miedo y salí con una certeza distinta. No solo me habían cuidado; había entendido algo más profundo sobre lo que significa el servicio público y sobre las mujeres que lo sostienen cada día, muchas veces en silencio.

Ella fue quien me atendió casi toda mi estancia. Desde el principio me habló con claridad, sin prisas, como si mi angustia tuviera el mismo valor que cualquier diagnóstico. Mientras me ajustaba la vía o revisaba la medicación, me explicaba cada paso. Nunca me hizo sentir un número. “Aquí todos importamos por igual”, me dijo una mañana, y supe que no era una frase vacía.

Una noche la escuché en el pasillo. Hablaba con firmeza sobre la falta de personal y las cargas excesivas. Decía que pedir mejores condiciones no era quejarse, sino garantizar una atención segura. También comentó que muchas veces las enfermeras tenían que demostrar el doble para avanzar en su carrera profesional. Habló de igualdad, de conciliación, de compañeras que renunciaban a ascensos porque el sistema no facilita combinar la vida familiar con turnos interminables. Mencionó el techo de cristal como algo real, presente en decisiones y oportunidades que no siempre llegan.

No sonaba enfadada, sino convencida. Defendía que reivindicar derechos laborales también era cuidar. Que luchar por salarios justos, por respeto y por reconocimiento profesional forma parte del mismo compromiso que la lleva a entrar en una habitación como la mía y tratarme con dignidad.

Cuando me dieron el alta, volvió a sonreír con esa serenidad que imponía confianza. Entendí entonces que la brecha de género no siempre se ve, pero se siente. Y que, en cada guardia, mujeres como ella no solo curan: también derriban barreras.

Título: El ascensor**Pseudónimo:** Haila

Aquella tarde de lluvia al salir del colegio Clara y su hija fueron a jugar a casa. Mientras Clara preparaba la cena, Valeria estaba en su habitación jugando.

Mamá, ¿siempre has trabajado en el último piso de tu oficina? Pregunto Valeria mientras jugaba con un ascensor de juguete que subía y bajaba en su casa de muñecas. Clara se sentó en el suelo a jugar junto a su hija.

No cariño, no siempre he trabajado ahí, al principio, cuando aprobé la oposición iba a los pisos más bajos.

¿Y cómo conseguiste llegar al último piso?

- Pues fui subiendo muy poco a poco, me costó mucho la verdad.
- ¿Que hacías para tardar tanto? ¿Subías por las escaleras? Pregunto Valeria mientras pulsaba el botón imaginario de su ascensor y éste subió enseguida. ¿Por qué poco a poco? ¿No funcionaba el ascensor?
- Algunas veces no funcionaba el ascensor y otras nos cerraban las puertas a las mujeres.
- ¿Os las cerraban queriendo? Preguntó con los ojos abiertos de par en par.
- A veces sí, no era nada fácil subir, pero sabes que fue lo mejor, que muchas mujeres las empujamos juntas para poder entrar.

Valeria cogió a varias muñecas y las metió en su ascensor y dijo.

-Pues en este ascensor caben todas. Y las llevo a lo más alto de su casa de muñecas.

La madre la miró sonriendo y la niña pregunto pensativa.

- Mamá, si el ascensor podía subir ¿por qué tardaron tanto tiempo en darle al botón?

Título: El eco del silencio

En el box seis nadie decía nada. La puerta cerrada era un muro invisible. La luz parpadeante del pasillo medía los segundos, pero dentro todo se congelaba.

Ella se inclinó sobre la paciente. No preguntó cómo había pasado. No juzgó. Solo colocó la mano donde el miedo latía más fuerte. Las uñas, apretadas sobre la palma, no buscaban dolor, sino sostén.

—Respira —susurró—. No estás sola.

La mujer cerró los ojos. Durante años había aprendido a callar, a hacer invisible cada golpe, cada amenaza. La voz de la TCAE atravesó ese silencio como un puente: alguien la escuchaba de verdad.

Mientras limpiaba el labio y revisaba hematomas antiguos bajo la manga, pensó en los golpes que nadie registró, en los silencios que nadie oyó. Cada marca tenía historia, pero esta vez alguien ofrecía un camino distinto.

Fuera, él discutía en el pasillo. Su presencia se sentía aunque no entrara. Ella no se inmutó. Ajustó la vía, secó la sangre, preparó todo con cuidado y deslizó un papel con un número de contacto en la chaqueta de la paciente.

—Cuando quieras, podemos activar el protocolo —dijo.

—Tengo miedo —susurró la mujer.

—Yo me quedo —contestó.

No hubo aplausos, ni titulares, ni reconocimiento. Solo un gesto pequeño y gigante: una decisión que podía cambiar la vida.

Al salir, el amanecer pintaba el cielo de violeta.

El box estaba vacío, silencioso. Pero dentro, algo cambió.

Un eco que gritaba: la violencia ya no tendría nombre.

Que alguien siempre estaría para sostener a quien lo necesitara.

Que la igualdad empiece en la acción, no en los discursos.

EL TECHO DE CRISTAL Y LAS ESTRELLAS

“Nora...la reunión comenzará en 10 minutos. Estate tranquila, y ya verás como esta vez será...” pero Nora no está tan segura de la afirmación de su compañera, ya en ocasiones anteriores vio como el hilo de la cometa se le escapaba de las manos...

Para algunos, Nora es la candidata ideal: luchadora, decidida, trabajadora, buena compañera y que ha demostrado siempre una profesionalidad superior a la mayoría de los empleados/as de la empresa; sin embargo, para otros su candidatura, quizás sea fruto de algún que otro favor de carácter sexual con alguno de los jefazos.

Y Nora, se pregunta? y si hubiera apostado por el sector público? Me habría ido mejor? A mi amiga Marisa, sí. Es funcionaria de carrera, hace tres años que alcanzó un puesto de dirección muy importante, y es más joven que yo. En lo público se promociona más a la mujer, no la ponen tantas zancadillas como en lo privado.

Luego, la mente de Nora viaja al pasado, donde trabajo y mujer conllevaba generalmente: brecha salarial, sesgo en la selección, acoso, etc....y regresa rápidamente al presente cuando es llamada. Sale de su despacho de subdirección hacia la sala de reuniones, y piensa... algunas cosas han mejorado para nosotras, pero en otras seguimos en el Pleistoceno con los Dinosaurios.

Entra en la sala y toma asiento enfrente del candidato rival, un señor maduro y algo entrado en canas. Los socios y altos directivos van dando a conocer el nombre de su elección, mientras Nora y su contrincante esperan...

...Y la última palabra la tiene el presidente de la corporación, que anuncia el nombre del nuevo director ejecutivo...” Nora, lo siento, otra vez será”.

Todos salen de la sala excepto Nora que permanece en su asiento, en silencio...mirando el cielo a través del techo de cristal, sintiendo en su corazón que quizás nunca alcance las estrellas....

PSEUDÓNIMO: “EL BUCANERO”.

El trabajo de ser mujer:

Ser mujer ha sido para mí un empleo permanente, sin contrato ni descanso. Como madre monomarental de un hijo menor y sin red de apoyo, aprendí pronto que mi jornada no terminaba nunca. Salía del trabajo remunerado para empezar el invisible, ese que sostiene la vida y rara vez se reconoce.

Trabajaba en la Comunidad de Madrid y, paradójicamente, la institución que debía garantizar derechos no contemplaba mi necesidad de conciliar. Cada domingo por la noche organizaba la semana como un rompecabezas imposible. A la salida del colegio dejaba a mi hijo con una cuidadora que pagaba con esfuerzo y me iba a trabajar con el estómago encogido. La culpa era constante, como si el amor se midiera en horas presenciales, aunque mi empleo era nuestro sustento y dignidad.

Pedí conciliación convencida de que cuidar no era un capricho. La respuesta fue clara: no existía esa opción. No estaba regulada. No había nada que hacer. Aquellas palabras pesaron más que cualquier jornada.

Llegué al límite, mi cuerpo se quebró cuando el sistema no quiso hacerlo, en esa fractura entendí algo que nunca debería olvidarse: ninguna mujer debería tener que romperse para poder cuidar.

Durante demasiado tiempo, la conciliación fue un privilegio y no un derecho efectivo. Pero las cosas no cambian solas, cambian cuando las mujeres se organizan, cuando los sindicatos escuchan y transforman la experiencia individual en acción colectiva.

Gracias a esa lucha hoy existen más permisos, más protección y más recursos. No son regalos: son conquistas. Y cada derecho conquistado es una grieta abierta en un muro que parecía inamovible.

Aún queda camino. Pero ya no estamos solas. Y cuando las mujeres avanzan juntas, avanzan también los derechos de toda la sociedad.

Lady Ivy

En nada

Bueno, falta solo media hora para la reunión del Plan de Conciliación e Igualdad en la Función Pública. Me da tiempo a revisarlo todo bien una vez más, creo que no se me ha pasado nada, pero igual se me ocurre alguna propuesta más que interese valorar.

Diez minutos. Me da tiempo a pasar antes por el baño, que siempre se alarga y no es plan. Gafas, boli, cuaderno, las notas impresas, la botella de agua... Y me llevo los Smints, que luego se me seca la garganta cuando empiezo a hablar y lo paso fatal.

Vaya, ooootra vez se ha puesto a llover. A ver si para ya y se limpian los cristales. Es que no se ve casi la calle con esta calima, lo pringa todo. Cuando salga tengo que pasarme a por limpiacristales, me da que no nos queda. Ay, y que no se me olviden los bricks de caldo y el queso de untar. Y cuando llegue, sacar los filetes de pollo del congelador para mañana, con las judías verdes y algo de fruta ya tengo la comida ¿pero que cenamos...?

En cuanto salga llamo a mamá, la pobre en la resi casi no habla con nadie y así la distraigo un poco. Y luego le doy un toque a mi hermana, a ver que tal los niños, estaban con mocos. Jo, ya va siendo hora de que quedemos tomar algo, lo menos hace un mes que no nos vemos, a ver si se apuntan los demás y nos ponemos al día. Anda que... ahora que me veo en el espejo del ascensor, menudas cejas... De este finde no pasa que me las depile.

Ana, ¿en qué piensas...? Que empezamos ya.

En nada, Luis. En nada.

IRENE COBO

EN SOLEDAD

Aunque en el sector público las mujeres tenemos más oportunidades que por lo privado, debido a que en unas oposiciones se cuentan la nota del examen y los méritos personales, lo tenemos más complicado que nuestros compañeros hombres.

Nosotras tenemos que elegir entre carrera y familia, porque seamos sinceras, no podemos dedicarnos al cien por cien a prepararnos una oposición, por lo que ascender, no es tan fácil; y más si eres madre soltera y vives sola con tus hijos, debido a que tienes que atender la casa y a ellos, lo que supone un tiempo que no estudiamos.

Según yo lo vivencio, hay que hacer malabares para sacar un poco de tiempo al día para estudiar y la mayoría de las veces es imposible, por lo que en los fines de semana y vacaciones, debes sacrificar relaciones sociales, postergar proyectos e ilusiones, intentar sacar un poco de tiempo para tu pareja, que además debe comprenderte y apoyarte, pero no todas las personas lo son y dedicarte un tiempo para ti misma; eso queda casi en el olvido.

Es cierto que después se vive muy bien, tienes trabajo fijo y ciertas preocupaciones desaparecen, pero lo que nadie te cuenta es que para una madre que se prepara las oposiciones en soledad, debes olvidarte de ti, cuando deberías ser tu prioridad, porque de eso depende la prosperidad de todo lo demás.

SEUDÓNIMO: ESCRITORA SOÑADORA

Invisible

El despertador suena cuando la ciudad aún bosteza. No necesitas segunda alarma: la costumbre es más puntual que cualquier reloj. Despiertas al peque con voz dulce, preparas el desayuno, la mochila, el beso apresurado en la puerta del cole. Regresas a casa y el silencio no descansa: lavadora, comida para la familia...la cocina que vuelve a empezar cada día como si nadie la hubiera tocado ayer.

Comes sola, rápido, casi sin mirar el plato. Te pones los cascos. Un podcast. Tema 12. Legislación. Repites en voz baja mientras recoges, mientras tiendes, mientras ordenas. Estudias en los márgenes del tiempo, en las grietas de una vida que no se detiene.

En el instituto han cesado a una compañera. Nadie ocupa su lugar. Las aulas no lo saben: se ensucian igual, las papeleras se llenan igual, los baños reclaman lo mismo. Pero ahora tus manos son menos manos. Tus pasos, más largos. Tu espalda, más curva.

Nadie nota la ausencia, solo tú. Nadie cuenta las veces que subes y bajas escaleras. Nadie escucha el crujido leve de tus cervicales. El hombro empieza a quejarse en voz baja, luego más alto. Tomas aire. Sigues. Siempre sigues.

Hasta que un día el brazo no responde.

La baja llega sin épica, sin medallas. La mutua niega lo evidente: tareas repetidas, dicen, como si la repetición no desgastara la carne. Como si el dolor no tuviera memoria.

Y, sin embargo, mañana volverás a abrir los apuntes.

Porque, aunque nadie vea tu esfuerzo, tú sí ves el futuro. Y lo estás limpiando, poco a poco, para poder habitarlo.

LA PELOS

Ella empezó con con 16 años en el mundo laboral, no quiso estudiar, nunca tuvo inseguridades a pesar de ser la pelos en el colegio por su vello corporal, a ella nunca le importó ese chico malo, de cabeza gorda, que le repetía sin cesar ¡la pelos, viene la pelos! Por su seguridad, coraje y lucha por la igualdad le enfrentó, se le encaró muchas veces, no la importaba enfrentarse a un chico, ella podía, no sólo física también mentalmente una mujer esta preparada para eso y más. Y sí, en su vida laboral tuvo todo el respeto sus compañeros, en su trabajo los hombres friegan, hacen camas, limpian el polvo, la ayudan a no coger peso y lo mas bonito, la sacan una sonrisa todos los días, porque hombres y mujeres pueden remar juntos, nadie tiene pelos, ni cabezas gordas. Somos compañeros en igualdad de condiciones y lo mas importante, NOS QUEREMOS.

Fdo, LA PELOS

Las guardianas del Marañón. Desde el turno de noche del Laboratorio de Análisis Clínicos

En el silencio de la calle Doctor Esquerdo mientras Madrid duerme esperando otra trepidante jornada, nuestro laboratorio es el escenario de una coreografía perfecta de mujeres que convierten la presión en pasión. Laura, inagotable frente a los Alinitys, revisando cada control y calibración con precisión dando vida a los resultados con una energía que nunca decae. Jacqueline, con esa agilidad que hace que hasta la guardia más dura y el mayor volumen de muestras pase volando. M^aJesús nuestra veterana, es el faro que nos da la tranquilidad de que todo saldrá bien. Eugenia, con su chispa y sonrisa capaz de iluminar cada rincón entre reactivos y tubos de bioquímica. Carmen, desde el materno infantil siempre al pie del cañón y con el cariño que los más pequeños merecen.

Llega el momento del relevo, cuando el sol empieza a asomar, Guadalupe nuestra coordinadora con su energía de la mañana renovada pregunta: "¿qué tal chicas, cómo ha ido la noche?". Y nuestra respuesta nace del corazón y del esfuerzo: "ha sido una noche dura pero el equipo lo ha sacado adelante". Ahora colgamos la bata, dejamos los pijamas y volvemos a casa satisfechas de nuestro trabajo hasta la próxima guardia. Nos duelen los pies, pero esos mismos pies nos han permitido caminar y llegar donde hemos querido, y es que caminamos con orgullo por donde nuestras antepasadas y otras tantas mujeres antes que nosotras no pudieron llegar. Juntas hemos colaborado para sostener el pulso del hospital, demostrando que detrás de cada prueba diagnóstica hay un compromiso inquebrantable y mucha complicidad femenina.

¡¡¡ Feliz día de la mujer para todas las guardianas de la salud!!!

Firmado:

Guardiana de la noche

LAS MAGDALENAS INESPERADAS.

Son las siete menos cinco de la mañana y el despertador suena, intento no hacer ruido al levantarme porque él está a mi lado, me abraza para que no me mueva, pero me escabullo tras cinco minutos en los que me dejó querer.

Hoy toca llegar pronto porque una parte del alumnado tiene excursión y como ellos llegan pronto yo debo llegar un poco antes para vigilar que los que tienen que entrar en clase lo hagan y los que se tienen que subir al autobús lo hagan también.

Mis dos compañeras Bego y Charo llegan un poco más tarde que yo, entre las tres abrimos el centro mientras que nos contamos qué hicimos ayer por la tarde: una llevó a su hijo al fútbol, la otra sacó a su perrita de paseo por uno de los parques más grandes del municipio (y fue saludando a padres y chicos que conoce del centro).

Mientras que abrimos despachos, subimos persianas y abrimos algunas ventanas para airear comentamos lo que pasó hace unos días: una chica de Segundo se encontraba mal y mientras que Bego se quedó con ella en el hall porque se mareaba, Charo fue a por la enfermera y yo llamé a su madre; al día siguiente en agradecimiento la madre nos llevó unas magdalenas caseras por no haber dejado a su hija sola en ese trance.

Nos reímos porque aunque cada una de nosotras lleva su propia mochila en el trabajo hicimos un pacto: intentar sonreír lo máximo posible e intentar que nadie nos aguara el día. Con una sonrisa y un ¡buenos días! se arreglan todos los males, ¡ah! y con las magdalenas caseras y un café se lleva mejor la jornada.

Inés Muñoz

“Las manos que sostienen”

A las siete de la mañana, cuando Madrid aún bosteza, ella ya está en pie.

Prepara mochilas, besos rápidos y promesas de “luego nos vemos”. Después sale corriendo hacia el hospital, donde otras manos la esperan.

Desde hace 21 años cura con las suyas: manos que enseñan a caminar otra vez, que alivian el dolor, que sostienen cuerpos cansados y esperanzas frágiles. Nadie suele pensar que esas mismas manos, al salir del hospital, aún tienen otra jornada por delante.

Porque también levantan cenas, deberes, abrazos nocturnos y cuentos antes de dormir.

A veces le preguntan cómo lo hace.

Ella sonríe.

No hablan de las carreras entre turnos y colegios, de los días en que el reloj aprieta más que el cansancio, ni de lo difícil que sigue siendo conciliar cuando eres mujer y parece que debes llegar a todo, formarse, estar en primera línea, carrera profesional y todo dando el 200% de ti porque hay que llegar a todo.

Pero cada mañana vuelve.

Vuelve por sus pacientes.

Vuelve por sus hijos.

Vuelve por su familia,

Vuelve por ella.

Y mientras Madrid despierta del todo, alguien vuelve a caminar gracias a sus manos.

Y alguien, en casa, aprende que las mujeres no solo sostienen el mundo.

También lo cambian , con un alto coste emocional.

Fisioterapeuta AGDC

Las mañanas del finde sin idioma

Ser correturnos es llegar cuando la semana ya pesa.

Entre semana el colegio ordena las horas. El fin de semana no. El tiempo se hace largo y todo se nota más.

Trabajo con chicos de doce, trece, catorce años y once meses. Vienen de lugares distintos. Algunos llegaron solos.

El sábado y domingo por la mañana no siempre compartimos idioma. Y aun así hay que explicar normas, repartir tareas, calmar enfados, escuchar silencios.

¿Cómo se dice “confía” cuando no hay palabras comunes?

¿Cómo se explica “aquí estás a salvo” sin traductor?

Aprendemos a señalarnos el corazón. A dibujar. A repetir despacio. A entender que una mirada también puede ser puente.

El fin de semana en acogida es más intenso. No hay timbres, no hay prisas externas. Solo convivencia real.

Ser mujer en el sector público, para mí, es esto:

Estar cuando otros descansan, sostener cuando no hay manual, hacer que cada gesto, cada palabra inventada, cada abrazo invisible, cuente.

Porque somos muchas quienes trabajamos sin escenario, quienes construimos **confianza y cuidado donde más se necesita**, y quienes, con paciencia y corazón, hacemos que los fines de semana también sean hogar.

— **Puente invisible**

Llegó la Primavera

Paula tomó posesión de su plaza y se incorporó a su nuevo destino un frío lunes de marzo.

El primer comentario que hizo Luis a Juan fue:

-¿Has visto a la nueva? Es aún más fea que la que entró la semana pasada. No me extraña que se haya preparado una oposición porque si no, no la cogen en ningún sitio.

-Ya te digo, no hay por dónde cogerla. Pero la tía debe de ser muy lista. Es muy joven y mira, ya tiene su plaza- replicó Juan.

-De marcha no creo que hay ido mucho, no tiene pinta de fiestera.- incidió el más veterano

Paula se sentó en la mesa preparada para ella en ese despacho gris y de un bolso grande sacó una maceta con tulipanes amarillos y encendió el ordenador.

Una flor

Mi incapacidad.

Mi profesionalidad me abofetea. Se supone que soy engranaje de un sistema diseñado para cuidar, pero me descubro vacía de herramientas cuando la culpa explota. Observo a quienes el sistema etiqueta como “personas discapacitadas” y veo una capacidad infinita de amar y de adaptarse a nosotros. “Los profesionales” hemos perdido y mucho, en favor de la frialdad técnica, escondiendo sentimientos para sobrevivir a la vorágine diaria. Nos hemos convertido en discapacitados emocionales para no sufrir, levantando muros de ego donde debería haber humanidad.

Él tiene 47 años y sigue llamando “cole” a la institución donde vive. Es la prueba viviente del fracaso de nuestras teorías. El sistema vende “autodeterminación” folletos satinados y protocolos de calidad, pero la realidad es que se la negamos sistemáticamente. Le obligamos a vivir donde no quiere, bajo un techo que no reconoce como hogar, alejándole de su raíz, por muy desestructurada que sea. Priorizamos el orden administrativo sobre su deseo legítimo de pertenencia.

¿Cómo sostener que estamos integrando, cuando lo que hacemos es confinar deseos? Es duro aceptar que nos sobra burocracia y nos falta valor para romper las estructuras que nos impiden ser personas ante personas. El sistema prefiere profesionales asépticos que no se “pierdan” en el dolor ajeno, olvidando que detrás de cada expediente hay alguien que solo necesita ser escuchado, no gestionado.

Al final, la verdadera discapacidad no está en ellos, sino en un modelo que castra la libertad en nombre de la protección. Me niego a ser cómplice de esa deshumanización; prefiero romperme mil veces antes que ser el muro que le impida decidir hacia dónde quiere caminar, aunque su camino sea el regreso a su propia historia.

Noetissa.

“Mujer, las oportunidades no suceden, Tú las creas”

Eres más valiente de lo que crees, más fuerte de lo que pareces, y más lista de lo que piensas. Hoy es un gran día. No tengas miedo de cometer errores, de ahí salen las mejores lecciones. Sé tú misma, no te quedes con las ganas de saber que pasaría ¡atrévete!

Tu esfuerzo y dedicación son el motor que mueve a muchas personas. Las mujeres no solo trabajan, transforman realidades. Cada tarea que asumes, cada desafío que enfrentas, es una muestra de la fortaleza que tienes como mujer trabajadora.

Cada paso que das en tu camino profesional es una huella de inspiración para las generaciones que vienen. Cada mujer trabajadora es una historia de esfuerzo, sacrificio y éxito que merece ser celebrada no solo el 8 de marzo, sino todos los días del año. Con cada desafío, las mujeres crecen más fuertes.

Mujer, nadie puede hacerte sentir inferior sin tu consentimiento. Querer ser otra persona es malgastar la persona que eres.

¡No te rindas nunca!

NENA

Eran las cinco y media de la mañana de una desapacible noche otoñal. Frío, viento y lluvia interminable. El tercer café no surtía efecto y la Urgencia no daba tregua. Estaba agotada.

“Venga, ya queda menos”, me dije, justo antes de que se abrieran de golpe las puertas de acceso directo. Entró una patrulla de policía acompañando a una mujer joven que apenas se sostenía. Venía medio desnuda, magullada, tiritando.

Mientras la acomodábamos en una camilla y le dábamos intimidad, los agentes relataron que un conductor de autobús la había encontrado deambulando por un polígono industrial, sin ropa, herida y bajo la lluvia. Parecía en estado de shock.

A pesar de todo, estaba consciente. Su mirada, ansiosa y voraz, contrastaba con su cuerpo exhausto. Con voz temblorosa, habló sin pausa ni lágrimas: un grupo de cuatro hombres la había retenido tres días en un local, donde fue violada, vejada y maltratada de formas inimaginables. Apenas le dieron agua y la mantuvieron despierta obligándola a consumir cocaína.

En un descuido consiguió escapar. Vagó sin rumbo hasta que la Policía la encontró.

Cuando terminó su relato, perdió el conocimiento, cayendo en un sueño tan profundo como su dolor. No despertó hasta treinta y seis horas después, en Observación.

Otra vez. No era el primer caso que veía en mis años de profesión.

Y entonces me golpeó de nuevo. EL MIEDO. Eterno compañero que tantas veces me ha acompañado, condicionando mi libertad.

Un sonido me sacó del shock.

“Psst... ¡eh!, ¡tú! ¡Niña!... ¡Chiqui!... ¡Nena!... ¿No me oyes?”

Era un paciente cuyo suero había terminado. El mismo que, una hora antes, se había dirigido a mi compañero enfermero llamándole “Doctor” y “por favor”.

Y los años pasan, y la sociedad avanza, pero seguimos siendo ‘nenas’ incluso en plena tragedia.

Título: Nuestra Frida

Frida atraviesa cada mañana la puerta de la Administración como quien cruza un umbral antiguo. No es solo un edificio: es un territorio que conoce con la piel, con la memoria y con el cansancio acumulado de dieciocho años de interina sosteniendo lo público mientras su propio cuerpo pide un espacio donde respirar.

Las adaptaciones llegan ahora, cuando el tiempo ya ha dejado surcos. Llegan un poco tarde, llegan con cautela, como si fueran un gesto amable y no un derecho. Pero Frida sigue cargando su portátil que pesa más que el deber, porque los PC desaparecieron sin pensar en quienes no pueden llevar su oficina a cuestas. Las papeleras también se fueron por la sostenibilidad, exiliadas a rincones lejanos donde ella no siempre puede llegar. Y cada vez que pulsa el ascensor, alguien deja caer una frase sobre el ejercicio, como si su movilidad fuera una elección y no una frontera invisible. Como si el aspecto fuera garante de poseer salud.

Convive con secuelas que no gritan, pero nunca callan. La luz excesiva le desordena la mirada; las manchas que ve son constelaciones involuntarias. Las notificaciones de los móviles rompen el hilo frágil de su pensamiento. El murmullo de la oficina se vuelve un río que arrastra su atención. Y no sólo eso, su cuerpo recibe miradas que pesan, y su plato queda vacío en desayunos de trabajo, porque su alimentación es un mapa de intolerancias.

Ha encontrado manos que la sostuvieron, y otras que quisieron sancionarla por no caminar donde no podía.

Por eso hoy, 8 de marzo, nuestra **Frida** recuerda que la igualdad es un acto coral: solo florece cuando quienes te rodean se vuelven cómplices de tu luz, de tus sombras y de tu manera única de habitar el mundo.

Seudónimo: Frida Kahlo

¿POR QUÉ NO ESTÁ MI MAMÁ?

7:30 PM. Acabo de subir del parque con mi hija de 4 años. Empezamos con la rutina de todas las tardes: preparar el baño, la cena, leer y dormir. Pero hoy es distinto. Preparo la bañera con espuma, es un día especial, nos bañamos juntas (será por los acontecimientos a mañana). Termino de preparar la cena. De pronto empiezo a sentirme nerviosa. Cenamos juntas y recojo la cena mientras mi hija se lava los dientes. Nos metemos en la cama y leemos un cuento hasta que se queda dormida, le doy un beso, será el último en 35 horas. Salgo de la habitación triste, con los ojos húmedos. Me voy a la cama pronto (mañana será un día duro) pero pasan horas, no consigo dormir.

Suena el despertador, nos levantamos rápido, desayunamos, nos vestimos, corriendo al coche y vamos al colegio. La abrazo y la recuerdo que mañana viene su abuela a buscarla” *¿por qué?* “ pregunta. *“ Porque tengo guardia, trabajo todo el día y toda la noche para curar a personas que están enfermas”* . Me abraza llorando, no se quiere separar.

Me subo al coche, con lágrimas en los ojos y voy al hospital. No saldré hasta mañana a las 10:00 AM con suerte, sin dormir, agotada.

Recojo a mi hija del colegio, sin parque, estoy demasiado cansada. Pero ella con su sonrisa, me abraza y me dice *“Ayer fui a tu habitación y cogí un jersey para oler a ti”* . Se te rompe el alma en pedazos.

Y esta historia se repite varias veces al mes incluso varias veces en la misma semana, año tras año, sin que a nadie le importe. Ningún niño tendría que sufrir el sentimiento de abandono de mi hija. Debemos luchar por la conciliación.

PSEUDONIMO(MADRE DE GUARDIA)

ROMPETECHOS

La insolente cristalera del pasillo le devolvió su reflejo desgredado mientras corría hacia la máquina de fichar;

-Tres minutos tarde- Se lamentó mientras succionaba con saña para liberar a su dedo índice del pegote de mermelada del desayuno de Quique, que impedía a ese antipático artefacto leer su huella. Cortar las tostadas en triángulos equiláteros y conseguir que el ritual de colocar los juguetes en su orden perfecto de formas y colores no les hiciera perder el autobús, había sido su primera victoria del día. La nueva aplicación para su sistema de comunicación aumentativa que permitirá a su cerebro divergente comunicarse mejor llegaría con la extra de Navidad.

Llegó atusándose a la puerta del ascensor, donde una vez más le esperaban aquellos ojos; Inquisidores, azules, soberbios, condescendientes... Marina era la dueña de esa mirada, que desencadenaba en Marta una punzada de culpa. Ella, años atrás, había mirado así a compañeras con adaptación de jornada.

Sus notas de la oposición habían sido las más altas de la Comunidad, casi tanto como su arrogante barbilla y presumía de una trayectoria tan impecable como su "curly"; La viva imagen del mérito y la capacidad.

Se despidieron en el séptimo piso y Marta ocupó su despacho. El de Marina estaba en el noveno, más cerca del techo.

Abrió el acta de la reunión de las nueve, dispuesta a pelear con uñas y dientes las nuevas medidas para que la conciliación se acerque más a ser un derecho que a un número de malabarismo asfixiante; Digitalización, eficiencia, teletrabajo. Oportunidades para demostrar lo evidente, que el talento no tiene género y que la administración del futuro debe ser inclusiva e igualitaria o no podrá llamarse pública.

Aunque Marina aún no lo sabía, ella estaba luchando para romper su techo de cristal.

PSEUDÓNIMO: MARGARITA BEREZO

¿Sabrán?

No sabía que aprendería tanto de ellas, también de ellos. Nos separan años, creencias, vivencias. Quizás también nos unen.

¿Serán conscientes de que sus palabras, sus historias, sus consejos y miradas me hacen pensar tanto en sus vidas, en nuestras vidas, en mi vida?

Esos “no dejes de estudiar y aprender”. Los “sé independiente”. Los “no calles”, “no mires hacia otro lado” o “no te dejes”, “no te rindas”, “no renuncies”. Incluso esos “no sabéis la suerte que tenéis”. Las miradas buscando complicidad, empatía, calma, un abrazo, un refugio.

Pero también aprendo y pienso cada vez que oigo “exagerada, si no ha sido nada”, “¿estás segura de lo que has visto?”, de los “pero si ella quería”, de esos “encima que le hago un favor” o “pero si ha sido así toda la vida”. De las miradas de superioridad, que desnudan, anulan, intimidan.

Mismo espacio, mismo tiempo, tan lejos.

Y pienso si yo tengo un impacto parecido sobre ellas. Sobre ellos. Cuando hablo, cuando cuento, cuando miro o cuando siento y lo comparto. ¿Sabrán que estoy ahí? ¿Que ya no están solas? Que seguimos, que todavía queda por hacer, pero se hará. Con ellas, con ellos, por todas, por todos.

ALHAJA

TIC, TAC, TIC, TAC...

Así como el Conejo Blanco de Alicia en el país de las Maravillas corría porque llegaba tarde a una cita muy importante, sucede con mi cita más importante, LA VIDA.

Los minutos corren más rápido de lo que pensamos, al principio parece que es lento, pero ese TIC, TAC, TIC, TAC es incesante y sin darte cuenta has crecido, como persona, como profesional, como compañera, como madre, como aquello que has soñado con lograr y ser... MUJER en todas sus facetas...

Hasta ahí ese TIC, TAC, TIC, TAC, es lo normal, es la vida...

Pero existe otro reloj que corre más rápido, y lo peor, no para de resonar en mi cabeza, tareas domésticas y laborales, revisar y contestar cuentas de correo y mensajería instantánea, gestionar citas médicas, la lista de la compra, las reuniones laborales y familiares, planificar comidas saludables, ir al gimnasio y cuadrar horarios con las extraescolares... esa carga mental que no para de hacer TIC,TAC,TIC,TAC y que por mucho que corro como el conejo Blanco, nunca cesa y lo peor parece que nunca llego, y siempre con la sombra del Sombrerero de Alicia acechando para no perder el tiempo.

Y sin embargo, la VIDA en si misma continuamente nos recuerda, ¿cuánto tiempo es para siempre? A veces sólo un segundo...

ALICIA COUNTRY.

TRABAJANDO COMO UNA BURRA

Siendo interina, no me di cuenta de todo lo que callé en el trabajo, no por el hecho de serlo sino por las ganas que tenía de llevar un sueldo a casa sin problemas añadidos al cansancio. Ni siquiera me di cuenta de la proporción hombre-mujer en la categoría Auxiliar de Servicios de la que soy consciente nueve años después.

¿Puede ser que sigamos teniendo una mentalidad machista, en la que un hombre no queda “bien” limpiando un aseo?

Por lo visto, sucede en varias categorías, auxiliar de clínica, enfermería, secretariado y un largo etc. de profesiones vinculadas a la feminidad.

En el primer instituto donde trabajé como una burra pues estaba sola por las mañanas (que ese es otro tema peliagudo) no había mas que mujeres en ambos turnos.

En el segundo instituto en el que si cabe trabajé más que en el anterior, era de turno de tarde y ¿adivinas? Tres mujeres.

En el tercero, un colegio de educación especial, éramos ocho, cinco de mañana y tres de tarde, mujeres también y mira tú ahí me rompí, literalmente me hice daño en la espalda, dolor que sigo arrastrando.

Por fin apruebo y consigo mi plaza en una Residencia de Mayores inmensa, proporción 10 a 1, ahora se ven hombres de tarde, en concreto 4.

Me hace pensar en la igualdad prometida, ni leyes ni cierta.

Otro tema son los sueldos de estas categorías “dominadas” por mujeres.

Los más bajos, los menos atractivos para la mentalidad de poder de algunos hombres, ¿puede ser esa la causa?

Como decía mi madre que era muy lista. “ Las mujeres no estáis avanzando en logros, estáis perdiendo comodidad, ahora trabajáis fuera y dentro por el mismo precio” y añadía: “burras, más que burras”.

Emi Solís

Cuando la enemiga lleva falda

La primera vez que la vi entrar en el comité con aquella carpeta bajo el brazo, pensé que todo iba a cambiar. Era mujer, como yo. Había sido interina, como yo. Sabía lo que era firmar contratos de tres meses, esperar la llamada, soportar la mirada de quien te sabe reemplazable. Por fin, pensé, alguien que nos defenderá.

No contaba con que el poder transforma, y a algunas las devora.

Cuando llegó mi cese —ilegal, arbitrario, manchado de informes falsos— levanté la vista hacia ella. Estaba sentada al otro lado de la mesa, presidiendo el comité, con el poder en las manos y el silencio en los labios. Sus compañeras de sindicato, todas mujeres, asintieron mientras ella firmaba el acta que enterraba mi verdad. Ninguna dijo: "esto no es justo". Ninguna recordó la ley que juraron defender.

La miré a los ojos y busqué algo, un destello de incomodidad, un temblor. Nada. Solo la frialdad de quien ha aprendido que la lealtad se doblaga al puesto, que la hermandad es un adorno para los discursos del 8M. Sus compañeras, las que callaron con ella, son ahora sus escuderas en esta traición.

No me dolió tanto el cese como su mirada de estatua. Porque no fue un hombre quien me arrojó al vacío. Fue ella. Fueron ellas. Las que, pudiendo alzar la voz, prefirieron la comodidad de la mesa. Las que, teniendo la llave, cerraron la puerta.

Ahora soy un ángel caído. Pero desde el suelo, no he perdido la memoria. Espero un juicio justo, sí, pero no confío en que llegue de sus manos manchadas de tinta cómplice. La verdad sigue ahí, enterrada en esos archivos que firmaron con tanta solemnidad. Y yo, desde esta caída, he aprendido que a veces la justicia hay que desenterrarla con las uñas.

Ellas creen que han ganado. Que su silencio y sus actas me han borrado. Pero los ángeles caídos también tenemos garras. Y cuando la verdad salga a la luz, cuando los archivos hablen, no será para pedir clemencia. Será para devolverles, con el peso de la ley y el eco de su propia hipocresía, cada daño que causaron. Por canallas. Por traidoras. Por olvidar que antes de ser damas en su tablero de poder, fueron peones, como yo.

Y desde este suelo que ellas creen mi tumba, alzaré la voz hasta que retumbe en cada juzgado, en cada calle, en cada conciencia cómplice: ¡FIJEZA YA! No para ellas, que vendieron su dignidad por un sillón, sino para las que vienen detrás, para que ningún otro peón sea sacrificado en el altar de su ambición. ¡FIJEZA YA! Porque la estabilidad no es un privilegio, es un derecho que ellas, con sus firmas, me arrebataron. Y lo gritaré tan alto que ni sus actas podrán silenciarlo.

Nadie

El día que me dieron la espalda

Llevaba veinticinco años trabajando en la administración pública cuando me despidieron. Veinticinco años sosteniendo servicios, formando a compañeras, cubriendo bajas, estando siempre. Tenía 52 años y creía que mi experiencia era un valor. Descubrí que era un estorbo.

Cuando llegaron los procesos de estabilización, pensé que por fin se reconocería mi trayectoria. Ingenua. Los sindicatos mayoritarios, esos que cada 8 de marzo posan con pancartas, habían firmado el convenio de la vergüenza en Madrid. Un convenio que nos restaba derechos y consagraba la precariedad de las mujeres como yo: mayores, con años de servicio, pero sin la fijeza que nunca nos quisieron dar.

Mientras ellos organizaban academias y cursos de preparación para las plazas públicas, yo me preparaba en mi casa sin poder pagar sus precios. Ellos hacían negocio con nuestra angustia. Y cuando llegó el momento, nos despidieron. A mí y a tantas otras compañeras que habíamos dado nuestra vida a lo público. Nos vilipendiaron, nos llamaron "interinas históricas", como si nuestra entrega fuera un delito.

Esta es la doble moral que denuncio. Incumplen las directivas europeas sobre igualdad que España debe garantizar. Predican una cosa y hacen otra. Es el doblepensar de Orwell: "La guerra es la paz, la libertad es la esclavitud". Para ellos, la igualdad es la precariedad.

Hoy, alzando la voz, reivindico mi dignidad. No soy un estorbo. Soy una trabajadora a la que los sindicatos traicionaron por dinero. Y aunque me silenciaron, aquí estoy para contarlo.

J de C

Ser maestra toda la vida: lo que aprendí y lo que enseñé

Cuando me enteré de que CSIT había lanzado esta propuesta, sentí que también quería aportar mi pequeño testimonio.

Tuve la suerte de crecer en una familia donde la educación era algo más que estudiar. Mis padres apostaron por transmitirnos valores como el trabajo, el esfuerzo, la igualdad y el respeto. Para ellos eran pilares para convivir en una sociedad justa y entendí que también eran una forma de felicidad.

Desde que tengo recuerdos quise ser maestra. Quizá influyeron profesores que dejaron huella y se convirtieron en referentes. Con perseverancia conseguí cumplir ese sueño.

He dedicado toda mi vida laboral a la enseñanza. Cuarenta y cuatro años en los que han pasado por mi aula cientos de alumnos y alumnas. Intenté que, además de aprender contenidos, se llevaran algo más importante: esos valores que yo había recibido. Con modestia, creo que lo conseguí, y es una de las mayores satisfacciones de mi vida.

Con el paso de los años me he encontrado con algunos de ellos fuera del colegio. A veces por casualidad, otras en encuentros buscados. Siempre me emociona escuchar que recuerdan algo de lo que compartimos en clase y saber que, de alguna manera, una parte de aquello les acompañó.

La docencia es una de las profesiones más vocacionales y hermosas que existen: formar a las generaciones que vienen. Pero también es compleja. A menudo debemos adaptarnos a cambios sociales y a decisiones institucionales que no siempre facilitan nuestra labor.

Durante mi carrera me sentí tratada en igualdad con mis compañeros. Aun así, creo que el trabajo docente merece un mayor reconocimiento, también salarial, acorde con la responsabilidad que asumimos.

Aunque hoy esté jubilada, sigo sintiendo que la educación forma parte de quien soy.

“Profe”

MERECE LA PENA

Ese bendito espacio de tiempo entre que abro los ojos hasta que me ubico.

¿Es por la mañana? ¿Lunes? ¿Estoy de saliente?

El mayor no encuentra su sudadera: "¡mamaaaaaaaaaa!". La pequeña llora porque no quedan gofres. Vale, entonces es por la mañana; tengo todo el día para mí, me miento. Estoy de entrante, hoy con calma... otra mentira.

El coche arranca a la cuarta, ni tan mal, pero recuerda llevarlo al taller. Suelto a los niños en el colegio.

Compra, lavadora... Mientras barro llamo a mi trabajo a reclamar por enésima vez que me reconozcan los trienios; pido cita al veterinario. Mierda, se me quema el estofado.

Los niños salen enfadados hoy.

La tarde pasa entre extraescolares, deberes, discutir con el mayor "ni consola ni consolo", baños y cenas...

Mamá llega a las 9 justo para nuestro café antes de ir al trabajo.

No sé qué haría sin ella; gracias a su ayuda puedo trabajar de noche, y mis hijos se quedan en las mejores manos.

¡Mis hijos! Mientras voy al trabajo pienso en todo... Me quejo (suele ser de camino porque es mi ratito). Amo a mis niños pero llevar todo sola se me hace bola, o me quejo de tener que trabajar con lo bien que estaría yo en las Canarias en un resort... Respira... Ponte el uniforme.

Subo renegando, no quedan pañales XXL (mal empezamos).

Llegan mis compis, como unas superheroínas con su traje (bueno, uniforme); si estamos juntas esta noche todo va a salir bien, mi equipo.

Luego Eusebio me dice su "buenas noches señorita" de rigor; nunca se acuesta hasta que llego yo, le cojo la mano: "vamos a la camita" y sonrío.

Todo merece la pena.

Unimora